

XIII O R A D O R

Podemos decir que Manuel Ramón Silva usó todas las variedades de la oratoria, faltándole sólo aquellas que le fue imposible emplear: la forense, por no ser abogado; la sagrada, por no ser sacerdote; y la de barricada, porque en Cuba nunca se utilizó en ningún movimiento revolucionario. Pero sí pudo usar: la política, la parlamentaria, la docente, la académica y otras.

La política forzosamente la usó en los mítines, asambleas y demás actos de los partidos que militó durante su vida política. Según sus oyentes, era muy conceptuoso y contundente, y atacaba directamente al adversario, aunque con el más decente de los lenguajes, sin llegar al insulto ni la ofensa.

La parlamentaria la usó en: la Constituyente de La Yaya, la Asamblea de Santa Cruz-del Cerro, la Constituyente de 1900, y el Senado. En esos tres organismos transitorios, y el último permanente, tuvo participaciones muy directas. En las cuatro ocasiones demostró ser un hombre de principios recto y moral, por lo que sus palabras siempre eran bien oídas por sus compañeros de hemicycle, y por el público.

En lo docente, su elocuencia y talento le permitían superar a sus compañeros de claustro, con el beneplácito de sus alumnos. Hay supervivientes, ya sexagenarios y octogenarios, que aún recuerdan sus autorizadas palabras y opiniones en todo lo que les trataba en la clase de cada día, como en su residencia y demás lugares en que les hablara.

Aunque no llegó a ser individuo de número ni correspondiente de ninguna academia, u otra docta corporación, de todas maneras, en forma indirecta, llegó a cultivar la oratoria académica: por medio de su autorizada cátedra en el aula y fuera de la misma. De haber tenido ingreso en una corporación de esa índole, hubiera lucido su famoso talento.



Estatua erigida en Camagüey a Manuel Ramón Silva.



Tarja en el pedestal de la estanza.

Manuel Ramón Silva hubiera dominado perfectamente la oratoria de barricada. Esto se demuestra con el episodio del mitin conservador del Sexto Barrio en 1910, del que hablamos en el octavo capítulo. En Cuba, las revoluciones dentro de las poblaciones han sido sin discursos, y por eso la oratoria de barricada no se ha visto.

Ya también vimos (capítulo VIII) como humanitariamente protestaba del genocidio de los negros en Oriente, con sus patrióticos y cordiales discursos en la calle Maceo y la Plaza de la Soledad. Por eso, un periodista de color, al recordarlo, decía: «Los hombres de talento siempre tienen el patriotismo y la responsabilidad de cada momento.»

El no haberse recogido taquígráficamente aquellos discursos, hoy nos priva, a los que no tuvimos la oportunidad de oírlos, del inmenso placer de leerlos.

P A C I F I C A D O R